



Sin título / Ilustración digital / 2020

Alfonso Reyes llega a Madrid de la mano de Homero y vivieron en pobreza y en libertad. Malos momentos pasaron en posadas. Casi todas de mala muerte en donde no se podía descansar ni dormir. Cómo olvidarlas. No tenían dinero para otra cosa. Estuvieron en “Carretas, San Marcos, Argensola (esquina a Génova) y Recoletos” (Reyes, 1990: 195). Por fin llegaron a habitar la casa que tenía como señas una “letanía”: “Torrijos, 42 duplicado, tercer patio, escalera C, 5º piso, letra B” que estaba “en las orillas de Madrid, a una cuadra del Paseo de Ronda, por donde acababa la ciudad” (Reyes, 1990: 171) y era “muy húmeda. El techo era de ladrillo abovedado. De las viguetas caían goti-

tas de agua y, como la cama resultó mayor que el intervalo entre una y otra vigueta, había que cambiarla de sitio, ya en un sentido y ya en el sentido transversal, para que, tras de mojarse a lo largo, se mojara a lo ancho, dando tiempo a que se medio secara la otra parte” (Reyes, 1990: 199). Y al día siguiente, después de medio dormir, el escritor y poeta mexicano salió “en busca de fortuna, sin duda esperando que algún pájaro del Señor” le “trajeran la media torta como a San Antonio” (Reyes, 1990: 171).

Reyes veía en el poeta griego “Luz y sonrisa”. Luz, porque su “principal enseñanza” estaba “en su asunto, suerte de moral ejemplificada en la acción poética. No mediante prédicas pueriles, no en pesados sermones sino por la impregnación que las epopeyas revelan en cierta manera de representarse al varón y sus virtudes” (Reyes, 2019: 200-201). Y *sonrisa*. En su libro

¹ Versión corregida y aumentada del texto que leí en el Salón de Actos del Instituto Cervantes en Madrid, el 18 de noviembre de 2024, en el Homenaje a Alfonso Reyes de la Universidad Autónoma de Nuevo León: “Alfonso Reyes vuelve a Madrid de la mano de Homero”.

clásico de ensayos, *El suicida*, que salió de la Tip. M. García y G. Sáez, quinto título de la Colección Cervantes, a tres años de su llegada a Madrid, escribía que, “Cuando un niño comienza a despertar del sueño de su animalidad, sorda y laboriosa, sonríe: *es porque le ha nacido el dios*” (Reyes, 1956b: 237-238).

Y en otra parte de *El suicida*, acaso recordaba esos primeros días de su llegada a Madrid de la mano de Homero, cuando vieron que el “mendigo afortunado se halló en el bolsillo la primer moneda de oro, todo el día pasó en lanzarla al espacio, hacerla sonar sobre el pavimento, enseñarla a todos: y no se acordó hasta el día siguiente de cambiarla por vino y pan” (Reyes, 1956b: 238). Si comportamientos como este constituyen una “desviación de la estricta gravedad vital”, la sonrisa es la primera de ellos, antes que “el pensamiento filosófico” y la “creación artística” (Reyes, 1956b: 237). De ahí que la “sonrisa surge de una actividad irracional de la mente, de un esfuerzo sin propósito fuera de la mente misma, aun cuando después, al incorporarse en la vida, venga a ser un signo de utilidad” (Reyes, 1956b: 239).

Reyes y Homero querían conocer Madrid. No tenían mucho tiempo. Escasos de dinero siempre estaban. El trabajo ocasional los llamaba. Así pues, salieron a caminar por las plazas y calles, jardines y cafés, ateneos y casas de cultura. El poeta mexicano detuvo a Homero. Estaban frente a la Biblioteca Nacional de Madrid. Reyes le dijo a Homero que aquí se custodiaba, entre tantas cosas valiosas, el “manuscrito Chacón”, donde se encuentra toda la poesía de Luis de Góngora. Quién lo iba a decir que tiempo después Raymond Foulché-Delbosc le pidió a Reyes ayuda para terminar su “magna edición de Góngora, fundada” en ese manuscrito. Y en el prólogo a esa edición

Reyes leyó a Homero las líneas donde se enumeraban los años de persecución y encarcelamiento que sufrió el maestro y la pérdida de su cátedra.

el hispanista francés escribió: “la suerte me deparó la amistad de Alfonso Reyes..., el cual no solamente me ha ayudado en una última revisión del manuscrito, sino que ha compartido conmigo la minuciosísima tarea de la corrección de pruebas. A él debo asimismo más de una valiosa sugestión relativa a la inteligencia de ciertas poesías...” (en Reyes, 1990: 205 y 206).²

En la Institución Libre de Enseñanza se encontraron a don Francisco Giner de los Ríos. Reyes, que sabía mucho de este maestro, le contó a Homero que este educador se le evocaba “como un viejecito pequeño junto a una estufa: como un viejecito siempre joven. Un alma fina de rondeño, una aristocracia nativa disfrazada con un traje vulgar. Es tan suyo, les pertenece tanto o es tanto lo que ellos le deben que resulto intruso al evocarlo. Era un krausista derivado de Sanz del Río, un profesor de Filosofía del Derecho, un escritor, un liberal. Pero nada de eso es importante”. Si esto no era importante, ¿qué era lo asignativo en el rondeño? Era sin la menor duda su “temple apostólico”. Y su “fuerza”, ¿de dónde la obtenía? De su *sonrisa*. A estas prendas, aún agregaba otra más el que escribió *Cuestiones estéticas*, la *amabilidad*, que “es la mayor fuerza y la mayor disciplina” (Reyes, 1956: 88).

¿Y esa *luz* que irradiaba Homero no también la esparcía Giner de los Ríos en el firmamento español? Reyes leyó a Homero las líneas donde se enumeraban los años de persecución y encarcelamiento que sufrió el maestro y la pérdida de su cátedra. Y de tierras andaluzas llegó a Madrid a fundar la Institución Libre de

2 Para que no hubiera ninguna duda sobre lo dicho por el erudito francés se puede consultar la fuente, *Obras poéticas de D. Luis de Góngora*, Nueva York, The Hispanic Society of America, 1921, Bibliotheca Hispanica, I., p. xvi.

Enseñanza. Y Reyes reflexionaba, y se lo hacía saber a su compañero poeta, “Y he aquí como tampoco le faltó fundar una orden. No sé bien si es una orden monástica, pero me parece que es una orden de caballería; aunque tal vez ambas cosas paran en una. Y de aquí proceden los nuevos caballeros de España. Los hombres del noventa y ocho –pléyade improvisada y callejera, hija de su propia desesperación– acaban por coincidir más o menos con él, que representa lo orgánico, lo institucional. La inmensa devoción del santo produce frutos de mil partes. ‘Influyó siempre –leo en un periódico– de una manera interna, pura e ideal en muchos movimientos y en muchas instituciones que nadie creería relacionadas con él’. Las instituciones que de él proceden directamente forman sin disputa el grupo avanzado de la cultura española” (Reyes, 1956: 89-90).

Reyes ahora lo llevaba a otra gran institución española. Iban rumbo a la Colina de los Chopos, como la bautizó Juan Ramón Jiménez, donde está la Residencia de Estudiantes. Esta Residencia la habitaban los que ya daban a España una luz inigualable en la poesía, la pintura, las ciencias. Y aquí también se hospedaban hombres tan ilustres como el autor de la teoría de la relatividad y se escuchaban voces como las de Eugenio d’Ors quien decía que la “aspiración de la joven España” era “formar una aristocracia de la conducta” (Reyes, 1956: 65).

Y aquí como allá, Homero ya habrá entrevisto, nada había “más castizo que la predicción ética. En España, la moral y la mística se amansan y se vuelven caseras”, le decía Reyes. El “libro representativo es *La perfecta casada* de Fr. Luis de León; y también el de Ramón y Cajal sobre los métodos de la investigación biológica, donde los consejos casi técnicos alternan con los paternos, y tras de hablar de una ley científica se habla de la elección de mujer. ¿Dónde, sino aquí, se pueden dar libros semejantes?”. Pio Baroja, opinaba, en palabras

de Reyes, “que esta rumia de ideas morales es producto de las mesetas” y “No lejos de Madrid”, aseguraba el escritor español, encontró “a dos pobres hombres de bordón, chaqueta y chambergo, discutiendo sobre el libre albedrío en plena llanura de Castilla”. Reyes le dijo a Homero que Ortega y Gasset no hacía mucho tiempo creía que sobre los españoles pasaba “un hálito de vida franciscana”. (Reyes, 1956: 65).

Se dirigían ahora estos dos amigos al Ateneo de Madrid que finalmente logró tener su lugar definitivo en la calle Prado número 21. Homero, que venía de una tierra no tan lejana como la de Reyes, acaso no sabía que aquí se hablaba con libertad de todos los temas. Sus puertas estaban abiertas al pensamiento, a la diversidad de ideas. Entre sus presidentes se encontraban los que también serían amigos del poeta mexicano, Miguel de Unamuno, Ramón María del Valle Inclán, Francisco de los Ríos, Manuel Azaña.

Y entraron a este edificio y se encontraron con el que escribió *Sonata de primavera* que disertaba sobre “quietismo estético”. ¿Quién era Valle Inclán que la marihuana de México lo había hecho tan mexicano como español? Para Reyes, el dramaturgo que nació en Villanueva de Arosa, Pontevedra, hablaba “bien”, conocía la “nigromancia española”. Era “galante” y ofrecía la “teología en bombonera. Pero no solo hace de abate florido, y una vez traspuesto el preámbulo, sus ojos comienzan a centellear, su voz se torna cálida, y su mano de cera, más elocuente aún que sus palabras, dibuja y discorre continuamente una curva rítmica, isócrona, trascendental” (Reyes, 2019: 235).

¿Qué tan atentos estaban Homero y Reyes en el Ateneo de Madrid? Estaban atentísimos. Porque Valle Inclán “Afronta la definición de los enemigos del alma: el mundo parece con los ojos que lo contemplan, es una creación de la luz. La carne parece con la carne. ¡Pero el Demonio! El orgullo, el amor y el aborrecimiento, los pecados

No hay pregunta sobre el proceso del poema que no encuentre en la obra misma su respuesta.

anteriores al hombre, anteriores a Adán, son los únicos que nos eternizan”. Y para Valle Inclán no hubo aplausos por estas palabras sino murmullo. “Temblor”. Pero él continuó su disertación teológica. Sí. Teológica. Y hablaba sobre el sexo de los ángeles y aún dijo “que toda obra de arte es un andrógino”. Y de repente, pasó a la magia. A su definición. “La magia es, en uno de sus aspectos, aceleramiento de la vida, nueva carga dinámica en el dinamismo de la vida: Don Illán el Mágico ha visto desfilar la historia en un segundo, y en el reflejo de unas redomas hemos leído todos nuestros años por venir”. Media hora estuvieron estos escritores, tan cercanos, tan hermanos, escuchando a “Valle Inclán el Mágico” que los hizo “vivir varios siglos de vida intensa [...]: // Tengo la sensación de que siento y que vivo / a su lado, una vida más intensa y más dura” (Reyes, 1956: 86).

Alfonso Reyes de la mano de Homero salieron del Ateneo de Madrid para dirigirse al Instituto Cervantes. Entraron por la calle del Barquillo, número 4, que no era la principal. Se sentaron en una de sus salas. Platicaron. Homero estaba interesado en los estudios que Reyes hacía sobre las obras que se le atribuían. Entonces, Reyes le recordaba lo que Voltaire señaló, “que cualquiera fábula de Esopo es más compleja que la *Ilíada*”. Asimismo, que la “perfección de este poema, según Aristóteles, está precisamente en su continuidad sostenida y en que, como en la naturaleza, siendo todo necesidad, no hay lugar a vacilaciones. No hay, en Homero, movimiento alguno que, iniciado, no llegue hasta el fin de sus consecuencias. Pues Homero, como decía Horacio, nunca se arrepiente a medio camino. No hay pregunta sobre el proceso del poema que no encuentre en la obra misma su respuesta. De suerte que con su sola materia se alimenta aquel

juegucillo de la erudición griega que consiste en proponer y resolver cuestiones homéricas, diálogo entre los ‘enstatikoi’, o instantes, y los ‘lutikoi’, o resolventes” (Reyes, 1968: 30).

En otro trabajo, Reyes manifestaba que, “Aunque el contenido de la *Ilíada* y de la *Odisea* es una tradición basada en algún lejano fundamento histórico, la grandeza de estos poemas no depende de su validez como documentos históricos. No hacía falta que Schliemann comprobase esta validez histórica o la situación geográfica de Troya. No es Troya quien da gloria a Homero, sino al revés. Lo que importa no es tanto el conjunto de posibles hechos históricos que Homero arrastra en su poema, sino *la poesía de su relato*”. O sea, que “Tal relato está a tal punto impregnado de *sentimiento humano* que, durante largas edades, ha ayudado a mantener el nivel de los hombres. Nos habla de personas buenas y malas, de diferente posición social, sexo y raza, pero trasciende todas estas diferencias y a todas concede un alma humana. Sus figuras no son símbolos, sino expresiones reales de nuestros sentimientos y anhelos” (Reyes, 1965: 123-124).

Por lo tanto, “Homero no cuenta con una filosofía previamente definida de lo humano, con la cual ir confrontando a sus héroes y a sus heroínas, lo que es una fortuna desde el punto de vista puramente poético. Sino que estos héroes y heroínas, al enfrentarse unos con otros, descubren empíricamente su humanidad, y darán base a los futuros filósofos que tratan de definir lo humano” (Reyes, 1965: 124).

Reyes fue a la biblioteca del Instituto Cervantes. Como si fuera posible trasladarse a época futura vio y tomó en sus manos la bella edición que hizo el Fondo de Cultura Económica. A Homero le leyó lo que se asienta en el colofón: “Esta edición de LA ILÍADA, primera parte del traslado en verso castellano por Alfonso Reyes, con ilustraciones de Elvira Gascón, se terminó de imprimir en la Ciudad de México el día 15 de septiembre de 1951. Fue realizada en los Talleres

Disfrutemos el inicio del traslado que Reyes hizo de la obra de su inmortal amigo que anduvieron de la mano por Madrid.

de Gráfica Panamericana, S. de R. L., Pánuco 63. Se emplearon en ella Tipos Bodoni de 10, 12 y 14 puntos y se tiraron 3,000 ejemplares en papel Biblos con láminas en Corsican Wove y 200 numerados en papel Ameca Bond con láminas en Fabriano Ingres. Intervinieron en la confección el linotipista Jesús Cecilia, el cajista Arturo Avendaño y los prensistas Enrique Hernández y Erasmo Casanova. Proyectó la edición Joaquín Díez-Canedo, la cuidaron Sindulfo de la Fuente y Alí Chumacero y la dirigió hasta su terminación Julián Calvo” (en Reyes, 1968: 16). La edición numerada también lleva las firmas de Alfonso Reyes y Elvira Gascón.

La obra es una joya desde el punto de vista editorial. Un ejemplo de las relaciones de México y España, tan entrañable, tan querida. Prueba de la labor fecunda que estaban haciendo los exiliados españoles que llegaron a nuestro país. Los grabados y láminas de Gascón son hermosas. Y el traslado de Alfonso Reyes le da a esta obra un valor inigualable. Polémicas, comentarios, decires si Reyes sabía o no griego, otros lo harán. Solo quiero abonar a lo dicho que no hace mucho tiempo se hizo una edición facsimilar de este traslado que lleva prólogo del Premio Internacional Alfonso Reyes 2020, Carlos García Gual, para la colección El oro de los tigres, volumen IX,³ que dirigió nuestra querida amiga, poeta, como Reyes y Homero, Minerva Margarita Villareal, y ahora la colección continúa en las manos fecundas del poeta José Javier Villarreal. Y el asiento definitivo de este trabajo alfonsoino está en sus Obras completas, número XIX.

Disfrutemos el inicio del traslado que Reyes hizo de la obra de su inmortal amigo

que anduvieron de la mano por Madrid: “1. Preludio. // Canta, diosa, la cólera de Aquiles el Pelida, / funesta a los aqueos, haz de calamidades, / que tantas fieras almas de guerreros dio al Hades, / y a los perros y aves el pasto de su vida / –en tanto que de Zeus las altas voluntades / iban adelantando por su propio camino– / desde que la disputa enemistó al Atrida, / príncipe de los hombres, y a Aquiles el divino. // 2. La peste. // ¿Qué Dios pudo mezclarlos en tan atroz contienda? / El hijo de Latona y del Cronión que, airado, / lanzó por los ejércitos una peste tremenda. / Y morían los hombres, por haber ultrajado / al sacerdote Crises el poderoso Atrida. / Pronto a dar un tesoro por su hija redimida, / Crises llegó las flotas y al campamento aqueo, / y al cetro de oro atadas las ínfulas de Apolo / el Flechero, a las huestes no imploraba tan solo, / sino a los dos caudillos, los vástagos de Atreo: // –Atridas, y soldados de las lucientes grebas: / Así os den los Olímpicos rendir la altiva plaza / de Príamo y tornar sin duelo a vuestras casas, / que me deis a mi hija contra el rescate, en prueba / de sumisión a Apolo, el que de lejos caza” (Reyes, 1968: 98-99).

REFERENCIAS

- Espinasa, José María. (2021, mayo 30). Aciertos editoriales, dilemas de la traducción. *La Jornada Semanal* [1369], p. 16.
- Reyes, Alfonso. (1956). *Obras completas de Alfonso Reyes. II. Visión de Anáhuac. Las vísperas de España. Calendario*. Ciudad de México: FCE.
- Reyes, Alfonso. (1956b). *Obras completas de Alfonso Reyes. III. El plano oblicuo. El cazador. El suicida. Aquellos días. retratos reales e imaginarios*. Ciudad de México: FCE.
- Reyes, Alfonso. (1965). *Obras completas de Alfonso Reyes. XVII. Los héroes. Junta de sombras*. Ciudad de México: FCE.
- Reyes, Alfonso. (1968). *Obras completas de Alfonso Reyes. XIX. Los poemas homéricos. La Iliada. La afición a Grecia*. Ciudad de México: FCE.
- Reyes, Alfonso. (1990). *Obras completas de Alfonso Reyes. XXIV. Memorias*. Ciudad de México: FCE.
- Reyes, Alfonso. (2019). *Curiosidades de coleccionista, selección y presentación de Alberto Enríquez Perea*. Ciudad de México: El Colegio de México.

3 Cf., el texto que escribió José María Espinasa, Aciertos editoriales, dilemas de la traducción, en *La Jornada Semanal*, suplemento cultural de *La Jornada*, número 1369, 30 de mayo de 2021, p. 16.